ESPÍRITU Y MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD

*Al tomar posesión del cargo de rector de la. Universidad de los Andes*

DISCRETA RESERVA ACADÉMICA

Este acto ha debido celebrarse normalmente con discreta reserva académica, dentro de los altos muros de la antigua cárcel que nos sirve de asilo provisional. Así se hubieran ocultado, o se hubieran hecho menos notorias algunas de sus fallas esenciales. Una de ellas está, de seguro, latente ahora mismo en los sentimientos más afectuosos de ustedes hacia el nuevo rector. Llega a la universidad tardíamente y a dirigirla quien les hurtó el cuerpo a sus bancos a la edad en que se presume que sentarse en ellos es una disciplina útil para el espíritu. Se convierte en educador un hombre mal educado. Y, peor aún, se exalta ante los estudiantes un ejemplo pernicioso: el del inmoderado ascenso y aún la precoz jubilación de quien no recibió en las aulas el tratamiento que universalmente se acepta como indispensable para adquirir justo título al servicio público y a la honra personal.

Pero como nada de eso es secreto y en más de una ocasión ha sido recordado oportuna y aun impertinentemente, nada hubiéramos ganado con el sigilo. En cambio hubiéramos perdido -yo, al menos-, una ocasión para destacar otros aspectos menos desfavorables, y aún algunos excelentes. Por ejemplo, la feliz circunstancia de que un político se retire a la universidad, acto que en cualquier momento de la historia humana merece elogios y suscita tranquilidad, no por la esperanza de que aprenda algo nuevo sino por la certidumbre de que ha cambiado de intenciones y, en todo caso, de público.

DIÁLOGO SOBRE LA UNIVERSIDAD

Pero la verdadera razón de este despliegue de ceremonia es otra. Ustedes han sido invitados aquí no a dialogar, como suelen decir equívocamente los oradores ante una audiencia inerme, sino a asistir a un diálogo sobre la Universidad de los Andes. Mario Laserna ha dicho ya, y muy bien dicho, lo que ella es, lo que ha sido en su brevísima infancia. Ha omitido, por modestia y por táctica, su papel en esa aventura de la inteligencia. Sin embargo en esta sala nadie lo desconoce y algunos de ustedes han adquirido una noción costosa de lo que significa la imaginación, la tozudez y la eficacia de un joven antioqueño dedicado a una empresa filantrópica.

He oído por ahí que mi encargo sería el de decir lo que la universidad va a ser de ahora en adelante. Esta distribución sería muy ventajosa porque se me reservaría la mejor parte, la de los planes y propósitos, sin confrontación posible con la realidad en el vasto territorio inasible del porvenir. No cometeré sin embargo, esta tarde, ningún acto de fantasía.

La Universidad de los Andes —su concepto, su espíritu, su significado *y* lo que hasta hoy se ha hecho en ella-, son cosas muy serias para sacrificarlas a la retórica. Es un experimento, y, consecuencialmente, una obra delicada y peligrosa. El material con que trabajamos es un pedazo de la juventud colombiana, animoso grupo de voluntarios que no le temen a este ensayo que afectará, necesariamente, sus vidas. Pero nuestra universidad es nueva y no tiene más garantía de permanencia que la buena voluntad colectiva. No quiere vivir de cosa distinta que del apoyo solicitado abiertamente a quienes pueden y, en nuestro concepto, debieran ofrecérselo, sin que ejerzamos sobre ellos otra coacción que la que espontáneamente resulta de la convicción de que debe existir este tipo de institución de alta cultura.

Así, pues, quisiera más bien contestar ahora algunas de las preguntas que aún seis años después de fundada provoca la Universidad de los Andes, relacionadas directamente con su conveniencia, y más aún con su necesidad. Me resulta relativamente fácil hacerlo porque si ya no les hubiere encontrado respuesta satisfactoria no estaría hoy con ustedes. La decisión que he tomado de dedicar el resto de mi vida útil a la consolidación y fortalecimiento de una universidad privada, no tiene, ciertamente, para ustedes el carácter de un episodio histórico, como quiere Mario Laserna presentarla. Para mí, en cambio, sí tiene mucha importancia.

He sido por largos años un servidor del Estado y en los últimos, no sólo de uno sino de un grupo de Estados. Las funciones se ejercen, particularmente en la juventud, con un criterio casi místico de la misión estatal. Es muy fácil entre los 25 y los 40 años que un empleado público se identifique casi involuntariamente, con la abstracción del Estado, y que acabe por sentirse como él, infalible, omnipotente, representante exclusivo del interés público y adversario paternal de todo interés privado. Más fácil aún si, como ocurre en Colombia, el más modesto de los ciudadanos elegido o nombrado en una oscura labor administrativa, en diez días descubre que su poder no es una delegación del pueblo, sino la sucesión, por línea directa y no interrumpida, de los monarcas españoles. A esta sensación ayuda la estructura del Estado que sigue siendo sensiblemente la misma, pero aún las propias formas y ritualidades contribuyen poderosamente a crear en el burócrata una mentalidad imperial No acaba de recorrer los nueve metros cuadrados de su oficina cuando ya le parece el territorio todo de la nación estrecho para sus experimentos y se otorga inmediatamente una jurisdicción sobre el mayor número de ciudadanos para darles consejos, determinar sus movimientos e imponerles restricciones. Así, desde la Corte cuatro siglos antes, modestos escribanos de negra ropilla y largas hambres, redactaban volúmenes enteros de obligaciones, reglamentaciones y prohibiciones para los lejanísimos americanos. De cumplirse -y por fortuna sólo se obedecían-, hubieran dispuesto de ellos en tal forma que por comparación los modernos Estados totalitarios aparecerían como relajadas y anárquicas democracias. Ellos mismos ponían con mano firme el "Yo, el Rey", y al trazar el garabato majestuoso sentían la misma fruición que los burócratas contemporáneos hemos experimentado alguna vez al recrear el mundo con nuestros decretos.

Con esas experiencias en mi pasado he llegado sin embargo a la conclusión de que hay demasiado gobierno en el mundo, y entre nosotros no siempre por la sola culpa de los gobernantes, sino porque el ciudadano emplea sistemáticamente sus restos de libertad para pedir que lo gobiernen un poco más. En esto tampoco nos diferenciamos mucho de la Colonia. Somos todavía como en el siglo xvi, un pueblo de memorialistas. Los grandes movimientos cívico; de nuestro tiempo, cuando las llamadas fuerzas vivas se conmueven, agrupan y deciden dejarse de ruidos, culminan en un telegrama pidiéndole al gobierno que haga o prohíba algo. También los atribulados criollos de 1500 escribían memoriales por generaciones enteras pidiendo la construcción de un puerto y anotando lustro tras lustro, el número de víctimas de la corriente fluvial y la progresiva acumulación de perjuicios, sin que nadie intentara quitar el privilegio al rey de poner el primer ladrillo. Cuando ya podía haber florecido en tierras de nuestra América una civilización menos centralizada, más audaz e imaginativa, como la que comenzaba a dar zancadas en el norte del hemisferio, vinieron las revoluciones y el estado de guerra, totalitario naturalmente. Y más tarde el re-descubrimiento del estatismo en la filosofía política de las extremas izquierdas y derechas que encajó a la perfección dentro de nuestras tradiciones y el gusto providencial de los gobernantes.

La visión de ese proceso y la inevitable comparación con otras culturas que no lo vivieron, me han hecho pensar que sería una experiencia grata y en cierta manera reparadora intentar hacer cosas, no por decreto, sino por persuasión, por el esfuerzo de un grupo de individuos calurosamente unidos en el propósito de crear algo cuya supervivencia dependa de actos continuos de abnegación, fe y voluntad de unos pocos y no solamente de la disposición oficial de los dineros del contribuyente anónimo, irresponsable e involuntario.

Pero, ¿por qué una universidad? ¿No hay ya varias? ¿No es un despilfarro de energía humana y de dinero? ¿No hay también demasiados doctores? ¿Es conveniente una universidad más, y aun siéndolo, es necesaria?

Yo creo que la fundación de la Universidad de los Andes obedece a una necesidad, rectamente interpretada por quienes tomaron la iniciativa de organizaría. Pero también creo que si no fuera estrictamente necesaria sino sólo conveniente, aún más, si se tratara de un lujo que quisiera darse a sí misma una sociedad ya bastante próspera, si no fuera sino una superestructura ornamental para enriquecer la vida intelectual de la nación, valdría la pena de dedicar a ella nuestros esfuerzos. Ocurre, además, que es necesaria.

LA EMIGRACIÓN COLOMBIANA

La manera más fácil de comprobarlo es tomar nota de la corriente emigratoria colombiana hacia los institutos de educación de los Estados Unidos. Varios millares de niños y jóvenes colombianos están saliendo del país a buscar en las escuelas, colegios, universidades y facultades profesionales norteamericanas, alguna cosa que no encuentran en su país. Aceptemos que ese fenómeno sea el producto de una gran confusión, de un error extendido, de una colectiva obnubilación. Pero el hecho subsiste. Claro que el gobierno -¡otra vez el gobierno!-, podría, con la misma mano inflexible y seca de Felipe II impedir que los niños y los jóvenes emigraran. Pero es que esa emigración obedece a razones, tiene causas en la psicología de las gentes y argumentos poderosos en las deficiencias de la educación colombiana. ¿Cómo, por ejemplo, cerrar la posibilidad de que las nuevas generaciones, a su costa y por su gusto, tengan la ocasión de aprender ciertos oficios, profesiones y técnicas que no se pueden enseñar entre nosotros, porque aquí se carece de instructores, equipos, textos y de un ambiente favorable para el desarrollo tecnológico? Pero si la emigración no sólo es inevitable, sino útil y aún el propio gobierno la estimula, tal como está realizándose más parece una desordenada fuga, una tumultuosa derrota, una costosísima aventura de exilados. Los fracasos y tropiezos que sufrieron, con notables y escasas excepciones muchos bachilleres colombianos que intentaron o realizaron estudios universitarios en los Estados Unidos, en vez de descorazonar el ausentismo hicieron pensar a sus familias que también la educación secundaria debería hacerse en el exterior, y ya muchas encuentran que es más razonable iniciar estudios en la escuela elemental. Esa fuga dentro de tales circunstancias hay que procurar evitarla. Pero no por decreto, sino ofreciendo un puente racional a quienes legítimamente aspiran a una educación técnica superior, en Colombia todavía inaccesible, para que puedan ingresar a la universidad norteamericana cuando sea indispensable y no antes, cuando resulte menos costoso y cuando tengan una preparación que les permita obtener de la experiencia extranjera el más alto beneficio. La distribución ordenada de los estudios de tal modo que los puramente técnicos se lleven a cabo en el exterior, mientras los preparatorios y humanísticos que toda buena universidad americana exige, se ejecuten en Colombia, tratando de que los programas coincidan, no es solamente una hipótesis, sino que ya ha tenido realización en la Universidad de los Andes, en diversas ramas de ingeniería y economía. No es demasiado ambicioso, por consiguiente, pretender que nuestro instituto en el curso de pocos años más haya efectuado una obra de canalización y rectificación de ese alarmante movimiento emigratorio y reduzca al indispensable contacto entre dos civilizaciones en diverso grado de desarrollo. Esa tarea requiere que se le ofrezca al estudiante en su patria todo lo que razonablemente busque de una educación foránea, y se frustra cuando se pretende encerrarlo dentro de un tímido nacionalismo arraigado en una aguda conciencia de inferioridad.

Así me parece que cuando la Universidad de los Andes se aproxima, en concepto de sus críticos, peligrosamente a las modalidades de la universidad americana, está prestando un servicio, por el momento solitariamente, de un nacionalismo inequívoco. Si la universidad no hiciera cosa distinta ya tendría, pues, justificada su existencia.

Pero hay, además, otros aspectos que son todavía motivo de exploración, rutas por las cuales deseamos avanzar con relativa audacia. La universidad colombiana no las ha transitado aún, pese a que no son ya nuevas en el resto del mundo, aunque después de la última guerra inquietan más seriamente la atmósfera académica. La Universidad de los Andes quiere establecer y está creando las escuelas necesarias para ofrecer, ante todo, lo que se llama, particularmente en los países de habla inglesa, una educación liberal. No tengo para qué explicar, pero acaso no sobre, que cualquiera semejanza de términos con la política colombiana es una pura coincidencia. Cada día será más nuestra universidad rigurosa en exigir esa educación como preámbulo al estudio de las profesiones. Sin ella los profesionales ciertamente podrán ganarse la vida pero, en nuestro concepto, no darán al país la contribución que como ciudadanos más afortunados tienen obligación de otorgarle con simple carácter retributivo. Dentro de ese criterio el universitario no deberá estudiar menos, sino más, mucho más de lo que tiene ocasión ahora dentro de los programas profesionales que el gobierno reglamenta. Es comprensible que un país, acosado como el nuestro por un crecimiento vertiginoso de población y de necesidades elementales, no pueda oficialmente emprender tarea distinta que la de fabricar profesionales, a destajo, urgida como está la enseñanza superior por la doble presión de quienes quieren cuanto antes una patente de trabajo y por la abundante demanda de médicos, ingenieros, arquitectos, dentistas, agrónomos, farmaceutas y aún de abogados. En cambio, una universidad privada no tiene esa obligación, y la nuestra, hasta donde sea posible, evitará convertirse en una fábrica de habilidades para ganarse la vida. Tampoco nos corresponde a nosotros la equívoca función de hacer democracia universitaria, en el sentido cuantitativo que se exige por los demagogos a las instituciones oficiales. Según ese concepto la aulas han de estar libremente abiertas a todo aquel que llegue hasta ellos, así no tenga capacidad o vocación de estudio, casi como si el título universitario fuera uno de los derechos humanos elementales y no la trabajosa conquista de los más aptos.

EN LA INTELIGENCIA, NO HAY IGUALITARISMO

En el reino de la inteligencia no puede haber, no ha habido jamás igualitarismo. La democracia, en él, consiste en crear ante sus estrechísimas puertas la más absoluta igualdad de oportunidades, pero una vez que ellas se cruzan necesariamente se va formando una aristocracia de capacidades e ingenios en donde están trazadas con invisible inflexibilidad las jerarquías del talento. Toda revuelta oclocrática, toda rebelión de los seres inferiores, todo intento comunista, todo despotismo de la fuerza o toda aventura del dinero, se estrellan hoy como ayer vanamente contra esas jerarquías. Aún subvertidas violentamente, sin ellas la humanidad no puede seguir su camino. La universidad es por eso, en Moscú o en Oxford, en Roma o en Harvard, en Princeton y en Upsala, una institución jerárquica, una ascensión por grados, una conquista por méritos y no un derecho que se distribuya con la mano larga de los príncipes o la improvidente de los demagogos. Dentro de ese círculo y de esa casta puede haber universidades más restrictivas y duras, más severas o más laxas. Pero como el camino del conocimiento no tiene fin previsible, una universidad que abra más oportunidades de aprender a quienes las quieran, es mejor, forzosamente, que aquella que debía limitarse por razones puramente políticas a lanzar periódicamente a la calle un producto de especificaciones mínimas. La evolución de la Universidad de los Andes quiere ser hacia el primer tipo. Por lo pronto se propondría reparar y salvar las fallas de un bachillerato que está acumulando sobre la universidad un ejército de muchachos desorientados y confusos, que aún antes de concluir la etapa de las precisiones sobre los hechos fundamentales, sin entrar a la de las interpretaciones y generalizaciones, ya están otra vez ante los nuevos hechos que les ofrece la carrera profesional, con el mismo disgusto, el mismo temor e idéntica perplejidad que en el día de su primer contacto con el conocimiento.

La educación adicional que quisiéramos ofrecer e intensificar hasta su límite máximo en el futuro, consistiría esencialmente en abrir un proceso de interpretación y generalización de los estudios secundarios básicos en ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades, es decir, un contacto generoso con el mundo de la naturaleza, el de la sociedad humana y el de las grandes ideas. que ha producido la especie. Esa educación se impone a nuestros estudiantes, -exilados en las universidades americanas -a un costo muy grande para el colombiano-, por cuatro años, antes de entrar a los estudios propiamente profesionales. No he oído decir que los padres que aquí apoyan con entusiasmo las huelgas contra cualquier año adicional, hayan vacilado ante esa jornada cuádruple, que les parece razonable cuando se exige por una cultura extranjera. Pero si queremos que Colombia no se hunda en la barbarie, tenemos que intentar un grande, vigoroso y ejemplar esfuerzo, en este sentido, aunque con menor intensidad.

PROBLEMAS DEL BACHILLERATO

Nuestro bachiller no es un ser apto para el período profesional universitario con su presente bagaje, y también es cierto que las técnicas profesionales no pueden aprenderse en menos tiempo del que se está empleando. Sin embargo, la universidad tiene necesariamente la misión de formar un hombre más universal, una persona capaz de aproximarse a la vida con inteligencia, destreza y capacidad de pensar, antes de que entre atolondradamente a manejar los instrumentos de precisión de su carrera. Por lo pronto yo me contentaría con que la universidad lo enseñara a articular, en la modestísima acepción dé unir y enlazar las palabras habladas o escritas para entrar en fácil comunicación con su prójimo. Los ingleses sugieren que la condición esencial de quien ha recibido una educación liberal es esa de la articulación, es decir, la de ser articulado. Nuestros bachilleres, nuestra juventud en general, nuestros universitarios y fatalmente nuestros profesionales, lo son cada día menos. Hablar, escribir, comunicar ideas, moverse con facilidad y con lógica en el mundo de los conceptos y las abstracciones, conocer otra lengua fuera de la propia, y ésta honda y vivamente, mantener contacto con la humanidad desaparecida, son todas herramientas insustituibles para entender la que vive con nosotros, para apreciarla y servirla. Es eso lo que adquiere el francés y en general el europeo en el bachillerato, es una portentosa y ardua familiaridad con los clásicos de la Antigüedad y con los de su propio idioma. Pero con los conocimientos matemáticos, físicos, químicos, económicos, sociales, de arte y letras de un bachiller colombiano y, sobre todo, con los métodos de estudio adquiridos en la escuela secundaria, el ingreso sin etapas a la carrera profesional se va convirtiendo cada día más en una aventura temeraria. Porque la profesión también cada día se especializa más, desde sus primeros pasos, y es muy difícil especializarse para quien no domina el panorama general, para quien carece de medios normales y fáciles de comunicación con los libros y con los hombres y para quien no conoce los métodos ni ha practicado las disciplinas de aproximación a la entraña científica. Recargar el bachillerato para producir esta etapa indispensable no parece la mejor solución. El tránsito a la universidad que promueve en el estudiante un estado de ansiedad y de alerta es probablemente el momento más adecuado para producir en él nuevas reacciones ante el mundo del conocimiento.

PRISA EN LA VIDA MODERNA

Pero se dirá que hay mucha prisa, sí, en la vida moderna. Hay mucha impaciencia, sí, en esos estudiantes que miran la universidad como un mal necesario, como un gran papeleo de años enteros para obtener una licencia de cacería o de pesca libre en aguas revueltas. ¿Pero, es que nuestra vida es mucho más rápida, exigente y febril que la de los Estados Unidos, por ejemplo? Entonces, se dirá que también hay pobreza y que los padres no pueden sobrellevar una educación prolongada. En este argumento hay un doloroso fondo de verdad, aunque es evidente que si pensamos en las generaciones futuras, no podremos disminuir las distancias abisales entre las civilizaciones más ricas y las más pobres del planeta, si en las primeras se intensifica la educación y en las segundas se destruye. Y también que en los casos puramente individuales el profesional que tiene herramientas más universales de trabajo recupera el tiempo gastado en la universidad con eficacia sorprendente.

Pero además este ensayo no se está proponiendo para las universidades oficiales, sino que se hará en una universidad privada en pequeña escala numérica, ofreciendo este tipo de educación a quienes puedan pagarlo y sean capaces de continuarla y, también a quienes la merezcan, aunque no puedan pagarla. Es posible, que del experimento no salgan al final sino varias docenas de hombres con una educación liberal amplia, profesionales o no. Esa docena la necesita el país, como estímulo, como ejemplo, y también muy principalmente como reactivo para una mesocracia intelectual que se está precipitando frenéticamente a buscar el éxito fácil, el dinero fácil, la política fácil, el amor fácil y que se ha vuelto desdeñosamente de espaldas a todo lo que la humanidad respetó, amó y sirvió por milenios, con paciencia, con dolor y con sacrificio.

Aparte de ser nuestra universidad el puente para el profesional que deba especializarse en el extranjero y un colegio de estudios superiores que haga de ese profesional, además de un técnico, un hombre hábil para la existencia inteligente, tiene que desempeñar otra función: la de investigar. La universidad en donde los profesores no investigan, sino que enseñan solamente, es una máquina de transmisión de conocimientos muertos, es un museo parlante, es un archivo, y sus alumnos serán forzosamente una generación tan vieja como aquellas que les precedieron en las aulas. Es esencial que haya un trabajo de investigación a la vista de los estudiantes, en el cual puedan participar como aprendices o cuyas alternativas puedan seguir con ojos interesados. Es también esencial que la universidad tenga una coordinación de su claustro, que una al sociólogo con el arquitecto y el médico, al físico y al matemático con el filósofo, al historiador y al estadístico con los audaces experimentadores de la nueva técnica. Y eso sólo se crea y mantiene al través de investigaciones conjuntas, de proyectos realizados con la contribución de todas las ciencias, aplicados a casos específicos, sobre una área de interés común. ¿Qué mejor sitio para ese tipo de trabajos que la universidad, ni qué país más necesitado de ellos que el nuestro? Para mí la universidad es el único vehículo capaz de trasladar lo universal a lo particular, la experiencia del mundo y de todos los tiempos a nuestro tiempo y nuestro territorio. Las investigaciones y estudios que se han hecho del país por técnicos extranjeros, contratados oficialmente, tienen fallas radicales de aproximación al sujeto, de procedimiento y de substancia. Las que han realizado los colombianos solos adolecen, casi uniformemente, de desinterés y de certeza científica. Ambos tipos de investigación coinciden en ser parciales, *ad hoc,* para un minuto y un problema fugaces, y no son el fruto maduro de una técnica investigativa alerta a todos los hechos que se producen y modifican ante un neutral aparato de registro. Hemos creído hasta ahora saber qué es Colombia, por contrato, con término fijo, como quería saber la historia de los hombres el ansioso y moribundo monarca del relato árabe de France.

ORGANIZAR INVESTIGADORES NACIONALES

Si nosotros pudiéramos en la Universidad de los Andes organizar un grupo de investigadores nacionales y extranjeros para emprender un sistemático estudio de nuestros problemas y no aisladamente, sino en relación con los semejantes del resto de la humanidad, allí se podrían hallar respuestas razonables y objetivas para una industria naciente, para una agricultura experimental, para una sociología que apenas balbucea y, por sobre todo, ofreceríamos un ambiente propicio para aquellos espíritus que hoy viven en tremenda soledad y cuya única vocación sobre la tierra es arrancar la verdad a las piedras, a las estrellas, a los átomos, a los hombres, a los tiempos desaparecidos, gentes para quienes un título profesional les resulta un sustituto inadmisible e indeseable. Los estudiantes recibirían el acicate que no les ofrece, ciertamente, el profesor conferencista, con sus síntesis dogmáticas, que ocultan rigurosamente el torpe divagar entre la oscuridad y la develación de los misterios. Se sentirían más cerca del que investiga, porque parte de un terreno común de vacilación y de ensayo. Así un *freshman* de Princeton, cuando ve la ventana de Einstein iluminada en la noche gélida, siente la solidaridad del viejo hebreo para su humilde problema de cálculo, porque sabe que el sabio tropieza en la teoría del campo unificado, y está lo mismo de perplejo ante su incógnita que él ante la suya. Pero ese otro profesor que no se equivoca, que no vacila, que no ignora nada, que barbotea palabras de piedra, que esconde sus fuentes como un militar sus municiones del enemigo, ese suscita la rebelión, provoca el odio, y contra él se organiza la comuna de la ignorancia, como contra el rico inexplicable el pillaje y el motín.

En la universidad en donde se investiga, es decir, en donde se discute, en donde se averigua, allí donde no todo se sabe, en donde los profesores se equivocan porque tienen ante sí muchos indicios de la verdad, hay una atmósfera de recíproco respeto que no turba la insolencia ni quiebra la patanería. Ningún otro espectáculo ha hecho recoger y sobrecoger más al alma del hombre que el dramático forcejeo para producir una chispa de verdad. La verdad vieja y la nueva, la que transportaron los hombres desde el milenio hasta nosotros, la que nació ayer no más de la insondable fisura de lo infinitesimal, vueltas a crear ante la mente voraz del estudiante, con participación activa suya en ese gran drama de la humanidad, eso es lo que haría una grande universidad aquí, entre nosotros, como fue el fundamento de las primeras, en París, o en Bolonia, en Salamanca o en Oxford.

Para esa tarea, que aún descrita a la ligera va resultando ya abrumadora no sólo para quien la dirija, sino aún para el espléndido grupo humano que vive para nuestra universidad y a ella le consagra su trabajo y hasta sus últimos minutos de justísimo ocio, necesitamos el apoyo público. Necesitamos, ante todo, que se entienda lo que queremos hacer, lo que estamos haciendo. Esta noche sería muy corta para resumir los propósitos innumerables que en más de dos meses hemos estado barajando, descartando y prefiriendo, algunos de los cuales murieron sobre nuestra mesa redonda, en piadoso silencio, sólo por su desmedida ambición. Esta universidad es una empresa costosa, totalmente a pérdida, que no pagará jamás sus gastos y que gastará todas las rentas y donaciones que reciba, sin un segundo de vacilación. Es, sin embargo, una espléndida y segurísima inversión en el porvenir de la república. En esa república viven ustedes y sus hijos y será más amable o más bárbara, más grata o más cruel para los colombianos aún no nacidos, en la medida en que logremos prever su circunstancia y levantar algunas defensas contra clarísimos peligros presentes.

EDUCACIÓN INSUFICIENTE PARA LA NACIÓN

El más grave de todos es que nuestra educación es insuficiente para la nación que nos ha tocado en suerte, y que ya no tenemos ni profesionales, ni hombres de Estado, ni mecánicos, ni aviadores, ni soldados, ni físicos, ni químicos, ni filósofos, ni cosa alguna en proporción a nuestras necesidades, mucho menos a las que van a surgir en el futuro. Estamos, entonces, condenados al colonialismo, porque es también colonialismo el que las clases presumiblemente dirigentes de Colombia reciban una educación extranjera, una educación concebida racionalmente para otro pueblo, para otros intereses nacionales, para otra lengua y hasta para inspirar veneración por otros próceres. El Estado declara, y es cierto, que es muy poco más lo que puede hacer sobre lo que ya está haciendo en la enseñanza superior, pero aún si pudiera, debemos hacer algo por fuera del Estado. Debemos hacerlo, aunque no sea sino para arrancar del espíritu y de las costumbres de los colombianos ese último rasgo de la otra en la patria, que nunca fue estéril para semilla alguna de buen grano enterrada con mano honesta.

Nadie que haya hecho algo por la educación de un colombiano ha probado las aguas amargas de la ingratitud. Nosotros tampoco las conoceremos. Pero con mucha menos causa, desde luego, quienes comenzaron esta aventura *y* pueden con justicia recibir todo el homenaje que ella merezca. Quisiera ahora rendirles un adecuado tributo, pero necesariamente para una obra de tanta significación en nuestro tiempo, sólo se encontrarían expresiones de la antigua lírica brotadas para festejar o recordar sangrientos y gloriosos hechos. Con muy distinto espíritu del que temblaba en los gritos bárbaros del rey Enrique en la víspera de la batalla desigual y ominosa, yo diría a los amigos que no están hoy con nosotros: Mañana tendremos que envidiar las cicatrices del día de san Crispín en los brazos de ese puñado de gentes, porque fueron bien adquiridas. Ellos son los "felices pocos" de Shakespeare, "the happy few". Cuando nuestra universidad, como tiene que ser, merezca el respeto, la admiración y la gratitud de Colombia, miraremos a esa pequeña banda de hermanos con emoción, y nos tendremos lástima por no haber estado con ellos a tiempo.

*El Tiempo,* 20 de noviembre de 1954.

LA EDUCACIÓN DE LOS COLOMBIANOS DEBE SER FANÁTICA TAREA DE TODO EL QUE PUEDA CONTRIBUIR A EJECUTARLA

(Al recibir el doctorado honoris causa en la Universidad de los Andes).

Señor rector:

Este acto de la Universidad de los Andes tiene para mí una significación tan intensa como grata. La decisión de su eminente consejo establece otro vínculo entre la universidad y su antiguo rector, y me permite seguir reclamando que a ella pertenezco. Es también otra manera de no desligarme de lo que fue y sigue siendo mi más íntima vocación, contrariada por sucesivas urgencias políticas, a cuyo servicio me he dedicado últimamente y sólo por la duración de esta crisis. De esas actividades habré de desprenderme en cuanto se haya comenzado a lograr el único objetivo que perseguían: la recuperación de la regla republicana y democrática para el gobierno de los colombianos, la consecuente paz para nuestros compatriotas y su ordenada convivencia en una sociedad organizada y segura. Un puesto como el que ya me otorgó generosamente la universidad, en su consejo, tiempo para servir bien sus intereses, y tal vez alguna modesta y elemental cátedra de ciencia política para tener una razón valedera y un título a subir hasta este paisaje asombroso que ayudé a construir y civilizar, sería un buen final para una vida que comienza a mostrar más de un signo del tránsito inevitable de la madurez a la dureza arterial, a la fatiga inopinada y a la decadencia, no precoz, sino justa. Sería así, de modo más directo y familiar, testigo de que todas estas empresas y trabajos en que me he visto envuelto y que están enteramente consagradas a generaciones sucesoras de la mía, no fueron cosa vana.

Con un antiguo y fragoroso combatiente de la política, el ex presidente Gómez, llegamos hace poco a un pleno entendimiento para proponer a la nación la tregua de doce años en la lucha de nuestras tradicionales fuerzas de opinión por su predominio en el poder público. Los partidos aceptaron tal recomendación y han pedido al gobierno que someta semejante idea a la decisión del pueblo, en plebiscito. Permítanme ustedes que en este ambiente académico, que no quise, ni quiero ahora perturbar con el alegato político, me extienda un poco sobre lo que puede ser para la juventud, muy principalmente, esa docena de años de cura, de reflexión y de preparación de una democracia sin restricciones. Ante todo no quiere ella decir que los partidos que hemos conocido y a los cuales, casi sin excepción, todos los colombianos pertenecen, vayan a extinguirse o a paralizarse. Va a ser, ciertamente, más difícil la faena de dirigirlos y orientar su acción que carecerá del que entre nosotros resultó ser un tremendo estímulo, la conquista del poder absoluto para la realización de sus programas. El feroz dogmatismo en las jerarquías políticas, operando sobre una nación inculta, se transformó a medida que bajaba hasta las expresiones más rudimentales de la masa popular, en simple, desnuda y crudelísima violencia. Este dogmatismo sectario va a entrar en receso forzoso, y tiene que ser sustituido por formas más elevadas de la lucha política: el raciocinio, la persuasión de un grupo sobre el otro. La fecunda transacción, las síntesis entre tesis antagónicas.

Ya no servirá al interés de un partido la sorda y ciega mayoría de fanáticos, atropellando en cámaras, asambleas y cabildos el derecho de las minorías y procurando la imposición de verdades o errores a un grito de comando. El país oirá con sorpresa que los vastísimos y complejos problemas de su existencia y desarrollo no tienen soluciones únicas y despóticas, y que en la contradicción de ideas y temperamentos filosóficos surgen medidas cuya eficacia inicial depende de que la nación entera las apoye y conduzca hacia una ejecución sin forcejeo ni airado rechazo.

SENTIDO DE LA TREGUA

Por doce años se abre una extraordinaria oportunidad para que los estudiosos de la circunstancia colombiana puedan oír su voz, hasta ahora apagada por el confuso clamor de la intransigencia sectaria. En doce años no se repartirán dividendos a los partidos políticos en la empresa común de recuperar la república, pero estarán acumulados para el momento en que el país tenga que decidir quién sirvió mejor, tuvo iniciativas más importantes y una conducta de gobierno más útil para la totalidad de los colombianos, en el tiempo de tregua. En doce años se irá creando, al amparo de un clima de acuerdos constantes, una opinión nacional más libre de ejercitar por intermedio de los partidos, la función que le corresponde en la república representativa, de ser el fino instrumento que juzga a sus agentes, los recompensa con la renovación de su confianza o se la retira en actos severos de censura, inmunes al insensato consejo que ha presidido nuestras luchas: "Con los míos, con razón o sin ella". En doce años se agotará natural y biológicamente el caudillismo que a falta de otra cosa mejor aglutina formidables masas alrededor de voluntariosos varones, más por sus pasiones y defectos en que el pueblo se reconoce con facilidad, que por sus virtudes y clarividencias, que mira con recelo. No seremos, ciertamente perfectos, al término de esa jornada en que voluntariamente encadenaremos nuestros instintos agresivos, pero ¿por qué no hemos de ser menos elementales y bárbaros? Después del experimento de la unión republicana que siguió como un valeroso acto de arrepentimiento a la terrible frustración de la guerra civil, los colombianos alcanzaron una cultura política notable entre las naciones contemporáneas de la América Latina. Iban adquiriendo un severo respeto por las leyes que a sí mismos se daban, por las instituciones que maduraban sobriamente y envejecían como buenos caldos de uva, sin agitaciones que los alteraran ni trasiegos que echaran a perder la cólera. Comenzábamos a adquirir una tradición, una personalidad nacional y se hundían ya raíces fuertes para fijar nuestra superficialidad a la tierra criolla. El Armagedon de estos últimos años nos volvió a la condición de pueblo nómada, viajando sobre un territorio arrasado en busca de la aventura fundamental de sobrevivir. Queremos acampar de nuevo, anclar nuestra movilidad estéril, darnos tiempo para mediar nuestro destino y comenzar a ejecutarlo mirando un poco más lejos que la comida del día siguiente y la seguridad de la noche siguiente.

Así, ante todo, se presenta para la generación de la tregua, que será en parte ésta de las aulas de la universidad y sus inmediatos antecesores recién egresados del campus, todo el conjunto estimulante de problemas de un país que emerge, sin orden ni concierto algunos, hacia dimensiones más grandes pero que no son, en todos los casos, unidades de medida de su grandeza como nación. Lo único que no deja de crecer ni da pausa es la población y a cada salto anual de esa estadística vital todas las demás van reflejando la mayor y más dramática insuficiencia de los otros índices. La sórdida desigualdad de los colombianos se agranda y, de cruenta, pasa a convertirse en amenazante. Una mínima parte de nuestras gentes que parece más pequeña por su desproporción con el resto, puede abrirse paso, por fortuna sin talanqueras de clase o raza, hacia las escasísimas oportunidades de cultura que abren el camino de la prosperidad, la seguridad y el acomodo en niveles menos precarios y duros. Al mismo tiempo, más fáciles comunicaciones y medios mejores de información prenden, por el contacto indirecto con otros modos de vivir aspiraciones, ambiciones, apetitos que en las almas violentas se quieren satisfacer por la fuerza, en las astutas por la picardía, en las tímidas y resentidas por la revuelta colectiva.

La tregua política permitirá establecer hasta dónde son sinceros los partidos en su propósito de elevar la condición de los colombianos por el sistemático mejoramiento de su nivel de vida, sin demagógicos empujones ni asustados retrocesos. Pero los partidos no pueden hacer mucho más que legislar, proponer, conducir. La seguridad que debe extenderse por la nación como consecuencia de la tregua y que permitirá al Estado ocuparse de otra cosa que de su estabilidad y supervivencia, tiene que ser aprovechada por nuestros compatriotas más favorecidos con los bienes de la cultura para hacer un gigantesco esfuerzo encaminado a sacar de la barbarie social y económica en que vive, a la inmensa mayoría de nuestro pueblo.

Lo primero será, sin duda, la instrucción y la educación. Como esa fórmula carece de novedad porque ante su valor absoluto se han venido estrellando sin alternativa todos los colombianos eminentes que han querido dar un impulso a su país, desde los albores de la independencia, otros, más ingeniosos, han resuelto que se puede cortar por un atajo y es posible elevar el nivel de vida del pueblo por sistemas más rápidos, que ofrezcan cosechas políticas precoces. No hay ningún sustituto para esta tarea que nos asusta por su magnitud y porque no podemos ejecutarla atropelladamente, sino sujeta a plazos que exceden nuestra paciencia y nuestra posibilidad de previsión.

La capacidad de producción y de consumo de millones de colombianos que hoy no cuentan en la economía ni en la estadística oficial, no puede crecer sin que la educación cree el apetito de poseer y el poder de adquirir.

ECONOMÍA Y EDUCACIÓN

De seguro podemos perfeccionar todavía un poco más esta economía sui géneris, que está dando ahora sus mejores frutos y que consiste esencialmente en proveer un mercado colonial interno de aguardiente, cervezas, tabaco y telas como podría hacerlo Inglaterra con los nativos del África Central. Pero una economía de expansión constante de mercados elásticos de producción intensísima, diversificada y de costos bajos, no puede prosperar sin una revolución radical en la educación pública. La industrialización del país va a verse frenada, como ya comienza a estarlo, por la limitación de mercados, por la deficiencia del obrero, por la ausencia del técnico y aún por la rareza del administrador de empresas, insuficiencias todas que radican en que los colombianos no tienen preparación alguna para vivir la revolución industrial que han importado sin haber tenido participación alguna en su creación y desarrollo. Ni para qué hablar de la abrumadora catástrofe que ha venido siendo la intervención estatal en la dirección económica de la nación. Y no por otra razón que la ineptitud sin atenuantes de los funcionarios y empleados públicos para ejercitarla. Por todas partes, pues, incapacidad, deficiencia técnica, falta de conocimientos, impreparación, o, más simplemente pura barbarie, y sin embargo a todas las demás soluciones se precipita el país con alegría y optimismo, menos a aquellas que tocan directamente a su único, su vital, su insustituible primer problema.

Hace dos años cuando ocupaba la rectoría de esta universidad dije algunas cosas sobre el tema de la educación en Colombia que tal vez puedan y deban repetirse ahora cuando la notoriedad de ciertas acciones políticas hace más receptivos los oídos de mis compatriotas a lo que entonces, como hoy, sigo considerando la raíz de nuestras dolencias, contradicciones y periódicos escándalos colectivos.

No es raro que el colombiano sea como es, pensaba yo por aquellos días, si ha estado a libre crecimiento desde la cuna y si casi la única cosa que ha encontrado entre sus apetitos y la posibilidad de satisfacerlos es la ley penal y el gendarme. La escuela es el primer sitio donde se desbrava a la pequeña fiera egoísta e hirsuta, antes de que su gracia impetuosa convierta el juego en batalla. Millones de colombianos no pasan jamás por esa disciplina. Lo más importante de la escuela en nuestros recuerdos no fue el momento en que se nos abrieron las estrechas rutas del conocimiento de los signos de comunicación entre los hombres y de medida de las cosas, sino aquel en que entramos en azaroso tropiezo con otro pequeño ser semisalvaje que quería comparar con las suyas nuestras reducidas pero decisivas experiencias. Las primeras leyes de convivencia las aprendimos en las sutiles normas de los juegos, respetando turnos, en la prohibición de las ventajas ilícitas, en las consecuencias funestas de un ingenio excesivo o en el sometimiento a la decisión mayoritaria. Un país poblado en su vastísima extensión por gentes de infancia solitaria ha de tener, como aseguran los psicólogos de las personas, un explosivo complejo.

Pero, además, esos millones de compatriotas quedaron sordos y ciegos para el contacto indirecto con el resto de la humanidad, y el suyo hubo de limitarse al estrechísimo radio que alcanzan a cubrir en una vida un par de piernas, o, con buena fortuna, cuatro patas de acémila. Y en ese círculo reducidísimo, a hablar con gentes de no mayor experiencia ni de intereses más complejos. Qué mucho que cualquier demagogo los pervierta, que cualquier vendedor de drogas los envenene, que cualquier mago los fascine.

Esa humildísima y precaria condición debería ser, y no ha sido, nuestro constante remordimiento, nuestra preocupación sin término, nuestro excluyente interés, hasta que tenga remedio. Buscamos todas las fórmulas criollas e importadas para solucionar la miseria de ese otro país que es como una sombra silenciosa del país minoritario cuyos habitantes consumen, producen, se entienden entre sí, trafican, se mueven de una ciudad a otra y producen las cifras estadísticas. Pero la elemental, la de educar a esos compatriotas, la de ponerlos en condición de ser como nosotros, la de darles la auténtica oportunidad de ser colombianos de tiempo completo, esa la aceptamos todos como buena, justa e irrealizable. Está escrita en nuestra Constitución y ordenada allí para siempre a todos los gobiernos. Educación primaria, gratuita y obligatoria. Para cumplir con ese mandato no se necesita ingenio, ni técnica extranjera. Por otra cosa que limitar cualquiera otra aspiración hasta tanto que no haya una escuela en dondequiera que sea posible reunir quince niños y un maestro. Eso sería la revolución social, la revolución económica, la auténtica revolución de independencia de la nación colombiana. Significaría en cifras de población y territorialmente tanto como una empresa imperial de conquista y daría más honra a quien la ejecutara que a quien engrandeciera a su patriaen una fulgurante campaña victoriosa sobre un enemigo extranjero. En una generación más la repercusión probable sería la de aumentar varias veces la capacidad de trabajo, la productividad, la renta per cápita, el consumo, y sobre todo, la ambición colectiva. Pero como la fórmula es elemental y tan antigua casi como el mundo, andamos a tropezones buscando otras y tratando de saltarnos esa etapa sin cuyo pasaje forzoso ninguna revolución ni acción de justicia social ha pasado de ser un tumulto.

UNA TAREA SOCIAL

La educación de los colombianos, toda la educación, ella sí desde la cuna al sepulcro, como se proponen otorgar la seguridad social pueblos ya educados y viejos, no debería ser solamente el encargo de los gobiernos sino la fanática tarea de todo el que pueda contribuir a ejecutarla. No es así, en gran parte, porque las gentes que pagan sus impuestos de una mala gana y no están siempre de acuerdo con la manera como se invierten, no quieren descargar parte de la responsabilidad del Estado en esta materia ayudando a crear escuelas, a fundar colegios, a apoyar universidades si temen que con ello dejan al gobernante más libre para ejercitar su fantasía. Claro que esta reacción no se produce allí donde, como en los países escandinavos, o en Suiza, o en Inglaterra, o en los Estados Unidos, y tal vez en otras, pero no muchísimas otras partes, el Estado no es sino el ejecutor de la voluntad del ciudadano y la contribución pública va a su destino con un mínimo de gastos de administración. ¿Qué pasa en esos sitios sui géneris? Que los contribuyentes han dicho siempre, sin excepción alguna, que una inmensa proporción de sus impuestos ha de dedicarse a educación. Que cada comunidad sostiene todas las escuelas que necesita. Que existen colegios y universidades públicas rivalizando con las grandes instituciones privadas de enseñanza media y superior. Es decir, que lo que quieren los ciudadanos cuando tienen procedimientos para expresar e imponer su voluntad es que sus hijos, y sus nietos y los hijos y nietos de todo el mundo, encuentren una absoluta igualdad de oportunidades para desarrollar una existencia próspera y digna. Y por consiguiente no hay demagogia, ni de clases, ni de grupo, ni de mayorías, ni de minorías que pueda ofrecer un programa mejor que seduzca por igualdad a todas las clases, a todos los grupos, a todos los intereses. Y si ello es así en donde ya hay todas las escuelas, colegios y universidades que requirió la generación en capacidad de ir a las aulas, y donde sólo se trata de un programa para mantener esa ventaja en el mismo nivel del crecimiento vegetativo de la población, ¿qué sería aquí donde más de medio país no conoció ya las primeras letras y tiembla ante el pensamiento de que ese desnivel de capacidad para vivir será un estigma hereditario? Las gentes pueden resignarse a vivir en pobreza y aun miserablemente. Pero no cuando barruntan que ese es el implacable destino de estirpe en estirpe, de hijos, nietos y bisnietos sin redención aparente. Los gobiernos y los políticos que buscan con tanta minucia y sutileza los caminos para llegar al corazón afectuoso de las masas no ven, no sé por qué, que la educación es la más poderosa ambición nacional, el más formidable apetito, la exigencia primera de todo colombiano, y que empezar a satisfacerla es garantizar en cada caso en el territorio patrio una adhesión sólida, perdurable y segura. Nadie intriga, presiona, se agita y se desespera por conseguir pan para la mesa del día, ni empleo, ni techo, como lo hace para abrir a sus hijos una oportunidad, así sea incierta, de liberación de la ignorancia. Y en el año anterior, en todas las universidades hubo que cerrar las puertas abruptamente a centenares de estudiantes con calificaciones suficientes para merecer el ingreso, lo mismo pasó en los colegios y liceos públicos y privados. El otro drama, la recurrente tragedia colombiana de las escuelas, ¿para qué mencionarlo? Pasa en la sordidez de las aldeas y no tiene coros trágicos, ni voz, ni se articula en forma alguna, y aun diría yo que no se presenta porque el campesino ni siquiera aspira ya a la escuela para sus hijos. ¿Tiene esto razón? ¿Hay algún sentido en esta insensibilidad colombiana para la más grande y la más irreparable injusticia? ¿No estamos todos convencidos de que todas las demás tragedias, la violencia y la inseguridad, la ineptitud y la miseria, el mismo desprecio por la vida que nos aproxima en pocos años a las etapas más oscuras de la humanidad, tienen su origen en que somos un conjunto de seres amontonados sobre un territorio, sin que la escuela esté tejiendo entre nosotros la urdimbre de una nación consciente? ¿Y por qué, si ello es así, nos contentamos con pagar un tributo de palabras a esa obligación imprescriptible, y en cada año lectivo sacrificamos otra y otra generación, fríamente, a su infeliz destino?

En mi opinión no existe un catálogo de prioridades en las necesidades de la república, con ser tan variadas e intensas. Por sobre todas las exigencias se encuentra ésta de la educación, antes que los caminos, que las armas, que los hospitales, que la técnica, que la comida, que la higiene y la casa, porque todas las formas de desarrollo de un país han de subordinarse al hecho absoluto de que no puede hoy haber, como sí las hubo en la Antigüedad, naciones grandes sumidas en la ignorancia. Lo que se levante sobre una infraestructura popular de miseria espiritual no durará o se derrumbará con estrépito. Cuando el país era poco menos que un desierto, las clases superiores y cultas ejercían sobre la masa analfabeta una influencia casi siempre directa, un patronato riguroso o amable, pero mantenían contacto y comunicación con ellas, en las haciendas, en las parroquias, en las ciudades, en los talleres. Pero dentro de la problemática de nuestro tiempo la más grave situación surge del crecimiento tremendo de las masas y de la consecuente desaparición del contacto con las clases cultas. Si se cortan todas las vías, si el puente entre la miseria y la abundancia sólo es el que tienden precariamente la escuela, el colegio y la universidad, y se hace cada vez más estrecho para las ambiciones crecientes, habremos minado el territorio de la paz colombiana con los más inestables explosivos. En la civilización contemporánea, para mal o para bien, se podría poner un letrero en la puerta de cada escuela, parafraseando la dantesca leyenda: "Oh, vosotros que no entráis aquí, perded toda la esperanza". Eso lo sabe el pueblo colombiano, lo intuye, o lo sospecha. Ya llegará el día en que los demagogos le hagan creer que todo este descuido, este abandono, esta indiferencia por la educación no es sino el abominable e ingenioso truco para erigir una aduana infranqueable entre las clases sociales y perpetuar el poder de hacerlo y aprovecharlo todo en una reducida minoría que puede transitar libremente los caminos del conocimiento.

MISIÓN DE LAS ESCUELAS

La prosperidad a que ha llegado Colombia no ha tenido correspondencia equitativa con el grado de educación de su pueblo. Yo no digo que sea imposible levantar más edificios, hacer más autopistas, vender más café, comprar más automóviles, sin que aumente el número de colombianos alfabetos. Al contrario puede que por este sistema se obtenga, por un tiempo, mayor brillo y actividad en el vértice de esa pirámide que descansa sobre millones de seres para quienes, como en el verso del poeta argentino, "la eternidad es su primer domingo". Pero qué grave error edificar la felicidad de una nación sobre esos cimientos vivos que con uno solo de sus movimientos de cansancio nos mostraron en un día su abismal violencia retenida por siglos. No. Hay que abrir a todo colombiano una esperanza cierta, una oportunidad operable, una expectativa legítima. Eso hacen las escuelas. En su reducida órbita temporal y terrena, tienen el poder de los templos que hicieron menos cruel el tránsito de la especie con la anticipación de la eternidad. Después de todo la única inmortalidad a que el hombre se aproxima en la tierra es la prolongación de la estirpe. Y la quiere purificada de los dolores, limitaciones y estorbos que hacen difícil su condición presente. Esa aspiración tiene un símbolo, la escuela, y un procedimiento, la educación. Cuidémonos mucho de aplastar irreflexivamente esa yerba humildísima que crece como único lujo en los hogares de los pobres. Si desaparece no habrá sino sordidez, ira y rencor, la siniestra flora de los desesperados.

Pero ahora se va a abrir un paréntesis en la lucha política y temas como éste de la educación del pueblo colombiano, que por desgracia no han sido motivo de controversia, sino de una estólida aceptación indiferente, son los que los partidos y las gentes todas de la república pueden convertir en motivo de honda, apasionante preocupación colectiva.

Al recibir de vuestras manos, señor rector, este título que, como homenaje del consejo directivo a un antiguo servidor de la universidad sólo se supera por otro acto del consejo, el de haberos elegido a vos como sucesor mío para continuar, consolidar y acrecentar el prestigio y la grandeza de la universidad, como lo habéis hecho, os quiero decir que un centro de cultura como los Andes tiene una misión que todos los que a él pertenecemos estamos dispuestos a cumplir. A vuestro lado y siguiendo vuestra dirección quisiéramos ver que el noble instituto se constituye en el agente de esa preocupación nacional por la educación pública, hasta que se convierta en una obligación de la generación que está llegando y va a llegar al gobierno, obligación inescapable, imperiosa y contagiosa.

Colombia no tiene abiertas muchas posibilidades de grandeza en la multiplicación de sus recursos naturales, bastante más moderados de lo que sabemos decir, ni sobre las bases actuales es posible prever un progreso fabuloso, ni siquiera mediocre, sino para una mínima parte de su población. Pero si por la educación pudiera decuplicarse, aumentar el número de sus ciudadanos conscientes, de sus productores y consumidores, de su pueblo, y hacer de la república entera una comunidad que piensa, se gobierna, sabe hacia dónde va y no se derrumba al primer soplo de la advertencia, los doce años de tregua política estarían seguidos de una paz inteligente y de una convivencia civilizada y permanente. Todo lo demás es seguir caminando en la sombra, por el filo de una cuchilla, hacia la violencia recurrente, y aumentar el desequilibrio entre la miseria sin esperanza y la riqueza sin sensibilidad, que generó, dondequiera, el desorden.

12 de febrero de 1957

EL MOVIMIENTO CONTRA EL SUBDESARROLLO COMO FUERZA REVOLUCIONARIA

*Discurso del presidente de Colombia doctor Alberto Lleras en la Universidad de Johns Hopkins.*

Señor presidente:

Considero uno de los más gratos *y* honrosos episodios de mi vida el recibir el altísimo honor que esta universidad muy notable, antigua y sabia ha querido conferirme; y recibirlo de manos de su presidente, con quien he tenido el privilegio de mantener una larga y para mí provechosa amistad, nacida probablemente de su interés y afecto por los asuntos de la América Latina, en los cuales viene ocupándose aún antes de que el presidente le confiara tareas concretas de estudio y ejecución en el campo de las relaciones de este país con el resto del hemisferio.

El doctor Eisenhower tiene, sin duda, ganada la gratitud de la América Latina por la manera como ha tratado sus asuntos y por el esfuerzo singular que se ha impuesto para hacer conocer y apreciar en la opinión pública de su país a las veinte naciones del hemisferio. Esta no es una tarea sencilla, como no es ninguna otra en el campo de la educación, en el cual ha descollado tanto. La opinión pública en una nación como ésta, de tan dilatadas proporciones y tan grandes y graves preocupaciones, tiende, naturalmente, a fijar su atención en los centros de actividad internacional de mayores tensiones y peligros y como hay tantos en nuestro tiempo y nuestro mundo, se inclina a dejar para pasado mañana los problemas que no le parecen urgentes. Por eso no es de sorprender que aunque en la mayor parte de las universidades de los Estados Unidos se encuentren grupos de auténticos expertos en nuestra historia, nuestra arqueología, nuestra lingüística, nuestra economía, nuestra sociología, que muchas veces conocen ciertos aspectos de nuestros países y mejor que nuestros propios estudiosos, la gran masa humana prefiera las generalizaciones y vaya sacando sus deducciones no pocas veces equivocadas, de las noticias que lee en la prensa. Tal vez por eso quienes bien nos estiman y conocen, como el doctor Eisenhower, y en general, los latinoamericanos que tratamos de penetrar en la conciencia del pueblo norteamericano, hallamos dificultades invencibles no en lo que se ignora, sino en lo que superficialmente se cree saber y se repite hasta formar lugares comunes de invencible resistencia a cualquier intento de rectificación, calificación o aclaración.

Si en el pasado hubiéramos hecho un esfuerzo más intenso y sistemático por vencer la gran barrera de la ignorancia recíproca entre nuestros pueblos tendríamos, ahora, sin duda, menos problemas de relación. No me atrevo a sostener que en los países del Sur haya un serio y hondo conocimiento de los Estados Unidos. Y que no tropecemos con los mismos prejuicios enquistados en la conciencia pública. Pero es claro que una nación como ésta, que está siempre en el primer plano de la acción internacional, y extrovertida por excelencia, despide informaciones que recorren el mundo en pocos minutos y la gente acaba de formarse un concepto sobre lo que en ella pasa, lo que en ella se dice, la manera como en ella se vive. Bastaría, el hecho de que por lo menos dos de las agencias de noticias más poderosas de nuestro tiempo sean americanas, para que todo lo que aquí ocurre se publique en la prensa mundial, no digo que bajo una luz favorable, sino por lo menos sin prevención alguna. Aunque es notorio que hay un grande esfuerzo de objetividad para las informaciones que vienen de la América Latina, no pocas veces se observa que se acomodan involuntariamente al gusto, aficiones y limitados conocimientos del público americano sobre la región. Como la prensa no tiene primordialmente una misión educativa, tampoco ha de pedírsele que sustituya a las universidades en esta tarea.

Los viajeros, otra fuente de información, cuyo volumen crece cada día más, son eminentemente subjetivos y, como dice un viejo proverbio español, hablan de la feria como les fue en ella. Sus tropiezos y equivocaciones en el primer contacto con un mundo tan diferente no son menos causa de confusión que el entusiasmo excesivo que les producen paisajes exóticos, personas amables, una sociedad hospitalaria y el encuentro con ciertas formas de la civilización material avanzada que no esperaban hallar, y que se concentra en los estratos más altos de la organización económica.

La verdad es que aunque nuestras instituciones políticas vienen de las americanas por la vía de la Revolución francesa, que les dio el impulso romántico y la literatura indispensables para que prendieran en el nuevo suelo republicano, somos naciones más viejas que los Estados Unidos, y nuestras grandes diferencias residen, principalmente, en el tiempo. Esto ocurre inclusive dentro de cada uno de nuestros países, en donde a una distancia de pocas millas por carretera coexisten el siglo xvi y el xx, y una vasta gama de etapas sociales y económicas en diversos grados de evolución. Las instituciones jurídicas y políticas de los Estados Unidos se desenvolvieron en las propias colonias y había un altísimo grado de gobierno propio, al paso que en el Sur, al declarar la independencia, se impusieron por una diminuta clase de letrados sobre una vida estrictamente colonial, que se había organizado para que en el vastísimo imperio no se moviera la hoja de un árbol sin el consentimiento del monarca europeo. Por eso hoy, cuando la mayor parte de nuestras naciones va a cumplir ciento cincuenta años de independencia, todavía no ha culminado en muchísimos sitios, principalmente en el ámbito rural, una transformación que corresponda a la concepción democrática, republicana y liberal de las Constituciones escritas.

Entre otros factores, éste es uno de los que marcan la distancia entre un país como éste y una nación subdesarrollada. Hasta hace pocos años el hecho de que un pueblo no estuviera desarrollado ni hubiera alcanzado el mismo grado de civilización material de otros parecía no ser tan grave, y se llevaba con cierta paciencia y con mucha esperanza. En Colombia, por ejemplo, durante todo el siglo anterior y el primer cuarto de éste se había aceptado como un canon del comercio internacional que los colombianos debían vestirse de telas de Manchester y cambiarlas por quina, oro, café, sin pretender instalar plantas textiles. Iba contra la ortodoxia de la época el proteccionismo de los países subdesarrollados para crear artificialmente industrias que parecían brotar espontáneas y sanas en Inglaterra, en Alemania o en los Estados Unidos. Se decía que esas empresas serían antieconómicas y le harían pagar más caros sus productos al pobre consumidor latinoamericano, que si las importaba. Sin embargo, alrededor de 1925 comenzaron nuestros países a montar esas industrias artificiales, a defenderlas con el arancel, a hacer sus telas, y fue apareciendo un subproducto de las nuevas fábricas que no había sido analizado: los mismos grandes y saludables cambios que se habían provocado por la revolución industrial en Europa y América del Norte, ocurrían en la América Latina. Había más trabajo, subían los salarios, se desarrollaban las ciudades, surgían otras industrias y el ritmo de desarrollo económico, casi idéntico desde la Colonia, tomaba una aceleración satisfactoria. Claro que se creaban más necesidades, más ansiedades, más ganas de vivir mejor que antes. Pero nuestros hombres de gobierno y una clase dirigente económica más activa y menos conservadora que la de los grandes terratenientes veían esos cambios sin alarma, y como síntomas de vitalidad.

En treinta años la América Latina comenzó a cambiar con rapidez asombrosa. Sin plan, sin organización, sin técnica, iba produciendo las alteraciones que la separaban cada vez más de la Colonia y de la primera época republicana. Y al mismo tiempo la intensificación y extensión de las comunicaciones de todo género pusieron a las masas humanas en contacto con formas de vida ambicionables y gratas que, sobre todo, rompían el rigor de los antiguos testamentos que marcaban el destino de un hombre y su familia por generaciones enteras, sin esperanza alguna de mejorar su condición. No poco contribuyeron a esta transformación las grandes empresas norteamericanas, como las de petróleos, que aun aprovechándose de un bajo nivel de salarios, lo aumentaron considerablemente a su alrededor y por su influencia crearon condiciones de trabajo mucho más humanas y razonables.

Pero, además, aún en medio de la guerra y sobre todo, después de ella, los Estados Unidos tomaron como suya la política de hacer avanzar a los pueblos subdesarrollados del planeta, como una forma lógica de hacerlos más libres, capaces y fuertes, y más susceptibles a la adhesión a las tesis económicas y políticas que esta nación sustentaba contra el totalitarismo. El movimiento contra el subdesarrollo se convirtió en la fuerza revolucionaria más aceptada por una inmensa parte de la humanidad, y todos los países atrasados iniciaron planes de desenvolvimiento económico y social de que nunca se había hablado en el tiempo anterior. No sé qué efectos concretos pueden señalarse en otros países de Asia y África, cuyas ambiciones de independencia política han servido de seguro de distracción a la ansiedad por el desarrollo. Pero en la América Latina ha habido pocas veces un sentimiento tan unánime, tan fuerte, una ambición tan universalmente compartida. En cierta forma se está produciendo un fenómeno geológico de desplazamiento de seculares estructuras que buscan un nivel nuevo, con el consiguiente terremoto.

Pero el desarrollo no se logra sólo con ambiciones y trabajo, y hay una serie de contradicciones entre la voluntad y la meta final. La mayor parte de los países americanos no tienen con qué pagar al contado los equipos, las maquinarias, la técnica, las materias primas que deben importar para activar su desenvolvimiento y hoy ya no ocurren casos de emigración de capitales como aquélla que hizo la prosperidad inicial de esta nación. Esos Estados tienen que medir cautelosamente la capacidad máxima de cualquiera de sus industrias, que corre riesgo de ahogarse en mercados limitados. Tienen que estimular su agricultura y desenvolver su industria para dar comida *y* trabajo a una población cuya rata de crecimiento, con el control de tres o cuatro enfermedades que la diezmaban implacablemente, ha subido hasta los más altos límites que se registran en la historia de la humanidad. Tienen que darle no sólo a la nueva población, sino a la anterior, escuelas, hospitales, vestido, calzado, vivienda, asistencia social y, sobre todo, trabajo remunerador. Y el Estado en todas esas naciones está afectado por una deficiencia de servicios que produce atrasos en la atención de necesidades urgentes y que se enfrenta ahora a muchas más y más agudas. El programa de desarrollo económico que los Estados Unidos han contribuido, con sus expertos y sus teorías, a lanzar sobre un mundo aletargado, hoy todavía es el de los gobiernos, mañana de no ejecutarse, será el de la revolución. ¿Cuál? Hay muchas formas, pero estoy seguro de que en actos sucesivos de desesperación cada una de ellas irá pareciéndose más a la comunista.

Eso es lo que tenemos que evitar. Es misión nuestra, en primer término. Pero vamos a requerir de ustedes una contribución muy grande, de técnica, y fundamentalmente de crédito, que no puede parecerse a las operaciones corrientes que se realizan en el régimen de la empresa privada, porque no estamos ante una oportunidad que se toma o se deja, sino ante un problema político con capacidad decisoria en la historia de nuestro tiempo. Las máquinas, los equipos, la técnica, que nos permitirán en pocos años superar el punto muerto del desarrollo económico y bastarnos a nosotros mismos, se tendrán que conseguir, para ser pagados, claro está, con facilidades especiales. Yo recuerdo que en los días del Plan Marshall, cuya capacidad rehabilitadora de la civilización occidental destruida ya no puede ponerse en duda, se hablaba de poner de pie a las naciones derrumbadas. En el caso de la América Latina el proceso es mucho más sencillo, es retributivo, es más rápido, y consistiría en darles a tiempo un empujón para que salgan de un *impasse* transitorio, que, de prolongarse, puede alterar sustancialmente su destino, hacia la anarquía y el caos.

Me parece innecesario, ante una audiencia, presidida además por el doctor Eisenhower, encarecer la gravedad que tendría para el mundo libre, y para esta nación, que hubiera caos y anarquía en la América Latina.

Ruego a ustedes que disculpen a este nuevo alumno honorario de la Universidad de Johns Hopkins que se limite a presentar el caso de la América Latina y de su patria, Colombia, de manera tan brusca y elemental, y que no destine más tiempo a expresar otras ideas y preocupaciones menos graves y duras. No tengo, sin embargo, ningún temor de perturbar la atmósfera académica con estas palabras. Hace tiempo que sé muy bien, como lo decía al principio, que difícilmente hay un ambiente mejor para tratar cualquier problema serio de la humanidad, ni más atención, ni más gente que lo conozca a fondo, que en una universidad americana como ésta.

A nombre de Colombia, de su pueblo, agradezco a esta tradicional y famosa casa de la cultura americana el haberme recibido, honrado y escuchado.

8 de abril de 1960.

Para la comunidad Tadeista es evidente que la universidad atraviesa un periodo de cambios y mejoras en el que todos debemos participar desde los distintos roles. En este contexto resulta provechoso remontarse a momentos similares en el ámbito de la educación en Colombia para orientar nuestro accionar de la mejor manera posible, es por esto que en esta ocasión se recomienda la lectura del discurso de Alberto Lleras en noviembre de 1954, al asumir la rectoría de la Universidad de los Andes. Por esos días la Tadeo estaba a punto de abrir sus primeros programas, con los que buscaba definir una formación que respondiera a las necesidades del país mediante la investigación, más allá de la formación de profesionales.

En este discurso Lleras expuso lo que para el debería ser la universidad, dejando claro que no se debe limitar la función de esta a la instrucción de profesionales, sino que además se debe hacer énfasis en la investigación. También reflexiona sobre la importancia de enseñar a los estudiantes a "unir y enlazar las palabras habladas o escritas para entrar en fácil comunicación con su prójimo", lo que denominó articulación.

Si bien este es un discurso con casi 60 años, su lectura aún es pertinente y útil para una comunidad educativa como la nuestra.